

CAPITULO CXXXIII.

Envia Isabel un comisionado á Flandes.—Suerte que tuvo este.—Alejandro pone sitio á la Esclusa.—Vuelve Leicester á Flandes.—
Poca suerte que tuvo.—Regresa á Londres.

SUMAMENTE graves eran las acusaciones que los flamencos dirigian contra Leicester, y la Reina no sabia qué partido tomar, segun se hallaba de combatida por los unos que se quejaban del favorito, y por este y sus amigos que aseguraban ser todo obra de sus amigos los magnates flamencos que, ignorando los medios de gobernarse á sí mismos, no podian tampoco soportar el ser gobernados por otro.

En tal estado, envió la Reina á lord Buckhurst á Flandes para que con la prudencia y discrecion que le caracterizaba, se enterase de la verdad y le diese cuenta exacta.

La eleccion no podia ser mas acertada, que merecida fama tenia el honrado consejero; mas nada de esto le sirvió para con su Soberana, cuando le dijo al regresar de su expedicion, que efectivamente eran fundadas las quejas de los flamencos, y que Leicester les habia hecho los agravios de que justamente estaban resentidos.

Verdad tan desnuda no quiso aceptarla el corazon de la amante, y la mujer enamorada venció á la Reina justiciera, encarcelando al noble lord en pago del servicio que le prestara.

Estos sucesos y las disidencias que existian entre los flamencos, no dejaron de servir al príncipe de Parma, y hubiéranle sido de mayor provecho si no hubiesen llamado su atencion dos terribles plagas, la epidemia y el hambre, que asolaban las provincias por él ocupadas; mas como su emprendedor carácter no le permitia permanecer inactivo, propúsose la conquista de las dos importantes plazas de Ostende y la Esclusa, únicas de importancia en que aun ondeaba el estandarte de la rebelion.

A este efecto envió primeramente al marqués del Basto y Altopenne hácia la segunda de dichas ciudades, tenida por inexpugnable, la cual fue inmediatamente socorrida por el príncipe Mauricio y el conde Holach, aumentando con esto las dificultades de la empresa. Pero el vencedor de Amberes no podía retroceder ante dificultad de ninguna clase, y en mayo de 1587 puso su campo delante de la poblacion y renovó ante ella todas las proezas que ya habia tenido ocasion de admirar Europa entera, frente á Amberes, y como en esta, no solo puso en grave aprieto á los de adentro, sino que rechazó igualmente al conde de Leicester, venido recientemente de Inglaterra, y al príncipe Mauricio, que primero por mar, y por tierra despues, intentaron acudir al socorro de los sitiados.

Resultado de esto fue, que tras de una defensa heroica y quedando reducido de seis mil á seiscientos el número de los defensores de la Esclusa, tuvieron que entregarse al victorioso Alejandro, que les otorgó bastante honrosas condiciones en atencion á su heroico comportamiento.

Igual suerte tuvo la ciudad de Ghüldres, con lo cual la reputacion de Leicester, que en el Brabante estuvo muy poco favorecida por la fortuna, recibió un golpe bastante terrible.

Unido esto á que la conducta seguida por el favorito de la reina Isabel, en vez de ser franca y digna, procediendo con una doblez extraordinaria, tendia á apoderarse de toda la autoridad de los Estados, fácilmente puede comprenderse el odio que contra él experimentarían lo mismo los magnates que el pueblo flamenco.

El clero protestante declaróse defensor del Conde, pues este, haciendo alarde de un hipócrita proceder, y halagándole diestramente supo captarse sus simpatías, produciendo esto una serie de discordias que tuvieron por resultado el que la Reina le mandara llamar, siendo obedecida por su favorito, que al fin pudo convencerse de la imposibilidad que habia para la realizacion de sus planes.

En diciembre de 1587 regresó el de Leicester á Inglaterra, y no trascurrió mucho tiempo sin que la Reina, bien fuese convencida de la ineptitud de su favorito, bien porque pensara atenuar con un acto de tardía diplomacia los efectos de la justa cólera del rey de España, obligóle á que hiciese dimision del gobierno de las provincias flamencas.

«De esta suerte,—dice el historiador Lafuente,—los tres gobernadores extranjeros que las provincias rebeldes de Flandes habian llamado para que las ayudaran á sacudir la dominacion de España, todos salieron mas ó menos agraviados, y mas ó menos aborrecidos, dejándolas mas divididas, mas desacordadas y mas enflaquecidas que habian estado antes. Así salió el archiduque de Austria Matias, así el francés duque de Alençon, así el inglés conde de Leicester. Testimonio visible sobre otros muchos de parecida índole que hemos hecho notar en nuestra historia, de cuán fatales suelen ser á los pueblos estos auxiliares extraños, y de cuán cautos deben ser en invocar extranjeras armas y príncipes para dirimir sus civiles discordias.»

Hemos dicho en otro lugar, que Isabel trataba de atenuar los efectos de la cólera del rey de España, y esta era empresa bastante difícil, puesto que Felipe II difícilmente olvidaba y difícilmente tambien desistía del propósito que habia formado.

Las ofensas recibidas por él de parte de aquella soberana eran bastante para provocar el enojo de cualquier monarca, y mucho mas si este monarca era el español.

Prescindiendo de la diferencia de religiones que entre los dos

soberanos existia, y eso que esto era ya un motivo harto sobrado teniendo en cuenta el espíritu de la época, la proteccion dispensada por Isabel á los protestantes, mas ó menos encubierta, era ya otro motivo de desacuerdo, y si á esto se añade el apoderarse del dinero que conducian naves españolas, la proteccion concedida por ella al famoso corsario inglés Francisco Drake, los auxilios que, como en otro lugar dijimos, habia prestado al prior de Crato, sus halagos al duque de Alençon, y finalmente, la proteccion otorgada al de Leicester, y por lo tanto á las provincias flamencas, constituian un capítulo tal de ofensas, que si cada una de ellas era suficiente á haber producido un desacuerdo de importancia, todas juntas necesariamente tenian que provocar una explosion terrible.

«La dura y cruel tenacidad—dice un historiador contemporáneo ocupándose de los motivos de disgusto que entre la reina de Inglaterra y el rey de España existian—con que Isabel persiguió á la bella y desgraciada reina de Escocia, María Stuard, por quién Felipe II mostró siempre tanto interés y solicitud, entre otras muchas razones, por ser católica, y con quien proyectó casar á su hijo el príncipe Carlos; la larga prision, los padecimientos y amarguras que la hija del cruel Enrique VIII hizo sufrir á la desventurada hija de Jacobo V, eclipsando con los miserables celos y venganzas de mujer sus grandes prendas de reina; el proceso incompetente que le hizo formar, y por último, la sentencia de decapitacion, y el infame deleite de ver llevar una reina al suplicio y entregar al verdugo aquella cabeza en otro tiempo orlada de diadema como la suya; toda la conducta de Isabel con María Stuard en su larga tragedia de diez y ocho años, habia dado á Felipe II, como monarca y como protector general del Catolicismo, abundantes motivos de desabrimiento y de enojo contra la Reina de Inglaterra,» y así era que tanto por esto como por todo lo demás que ya dejamos expuesto, tenia deseos de tomar una venganza tan grande como grandes habian sido las ofensas (1).

Mientras Felipe estuvo entretenido con la famosa empresa de Portugal distraiendo en ella considerables fuerzas, no tuvo otro remedio que sofocar su enojo, haciéndose este mas terrible por lo mismo que no podia desahogarse á continuacion del ultraje recibido. Mas desde el momento en que pudo obrar mas desembarazadamente, sin romper en absoluto, comenzó á meditar el modo de vengar cumplidamente lo que hasta entonces sufriera, aun cuando para ello tuviese que hacer, como lo hizo, un gran esfuerzo.

Isabel, que como dice muy oportunamente un historiador, á quien ni sobra inocencia para poder estar tranquila y estar segura, ni faltaba talento y sagacidad para penetrar las intenciones del Monarca español, procuró nuevamente separar de sí la tormenta que preveía, y creyó que el mejor medio era el de influir para que la guerra de Flandes terminara por medio de un tratado de paz.

Dos ricos comerciantes, genovés el uno y establecido en Londres, y el otro flamenco con residencia en Amberes, fueron los que dieron comienzo á estas negociaciones, y tambien, por indicacion de la reina de Inglaterra, Federico II de Dinamarca envió un embajador al duque de Parma.

La deferencia mostrada por este tanto al enviado de aquel Monarca, cuanto la buena disposicion en que le hallaran los otros negociadores que dejamos mencionados, animaron á la reina Isabel, que se apresuró á escribir á Alejandro Farnesio, para que señalase el punto en que habian de tener la entrevista, para llegar á una concordia definitiva.

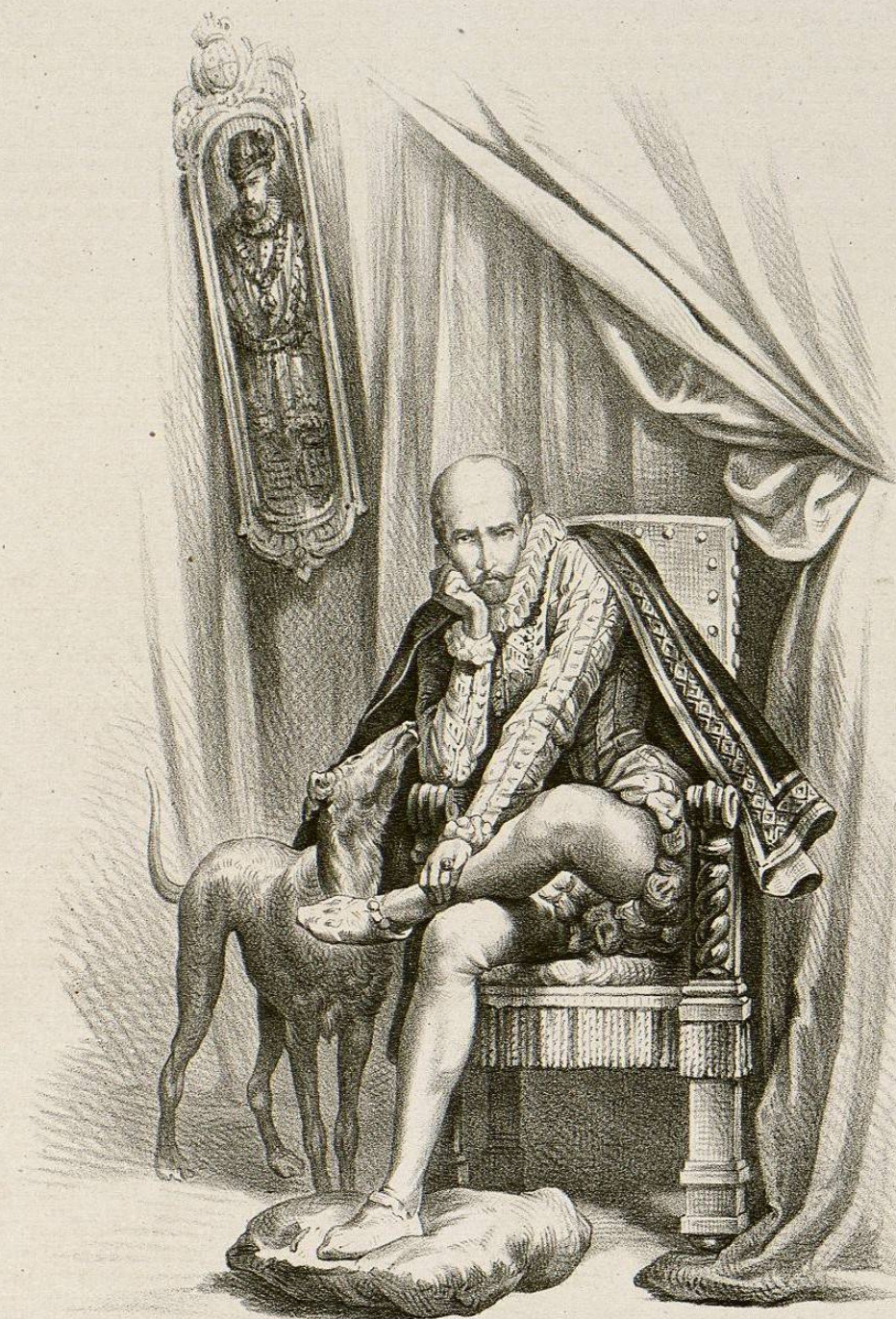
El de Parma, lleno de galantería, contestó concediendo la eleccion á la Reina, y provisionalmente quedó fijado el lugar entre Nieuport y Ostende, en el cual se reunieron los enviados de Isabel y del duque de Parma.

Todo esto sucedia á la vez que este se apoderaba de la Esclusa, segun vimos en otro lugar, y que el Drake saqueaba y destruía en Cádiz la flota que estaba anclada en la bahía, demostrando con esto la falta de sinceridad de aquellas negociaciones, con las cuales unos y otros no trataban mas que de ganar el tiempo que necesitaba para prepararse.

Bourbourg fue el nuevo lugar escogido para las conferencias, á los enviados de una y otra parte reuniéronse allí, procediéndose y exponer los ingleses sus peticiones, que eran la renovacion de la antigua alianza entre Inglaterra y la casa de Borgoña, que se retirasen de los Países Bajos las milicias extranjeras, y que por espacio de dos años á lo menos, se dejase á los flamencos la libertad de conciencia.

Fácilmente se puede comprender que los españoles no habian de acceder á esto; hicieron alteraciones, volvieron aquellos con súplicas, y finalmente, las conferencias quedaron rotas á consecuencia del suceso que veremos en el capítulo siguiente.

(1) «Seria prolijo—dice Lafuente—enumerar las quejas que reciprocamente se habian dado el rey de España y la reina de Inglaterra casi desde el principio de su reinado sobre multitud de asuntos que hoy llamaríamos internacionales, segun lo que arroja la larga correspondencia que hemos leído de los embajadores de España en Londres, Gutzman de Silva, D. Guzman de Espés, D. Bernardino de Mendoza, los gobernadores de Flandes duque de Alva, Requesens, D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio, y las cartas é instrucciones de Felipe II y de sus secretarios, y de los embajadores de Francia.»



EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPÍTULO CXXXIV.

La Armada Invencible.— Muerte del célebre marqués de Santa Cruz.— Torpezas y desaciertos que desde el principio presidieron á la formacion y marcha de aquella flota.

FELIPE II, que si habia aparentado ceder á los deseos de la reina de Inglaterra, fue únicamente para encubrir mejor su proyecto, mientras las negociaciones se continuaban, estaba haciendo colosales aprestos de guerra.

Habia dado sus instrucciones á Alejandro Farnesio y en consecuencia de ellas, este reclutaba fuerzas auxiliares en Alemania, y comunicaba órdenes á los tercios de Italia y Flandes á fin de que se hallasen dispuestos á la primera señal.

En todos los puertos, tanto de España y Portugal, como de Flandes, se activaba la construccion de navés de distintas formas y tamaños, y el pontífice Sixto V habia prometido contribuir con un millon de escudos para los gastos que ocasionase la empresa proyectada.

Todo hacia presumir que la venganza del Monarca, premeditada por tanto tiempo y acumulando para su realizacion tan poderosos medios, habia de ser terrible.

Únicamente faltaba saber en qué punto iria á descargar aquella tempestad que mas daño pudiera hacer, y para este efecto quiso el Monarca escuchar el parecer de sus oficiales.

Varias fueron las opiniones, que nunca en estos casos suele existir la absoluta conformidad, creyendo unos que seria mas conveniente caer sobre Irlanda, y otros por la parte de Escocia.

Juan de Idiaquez, secretario del Monarca, y uno de los personajes de mejor sentido en aquellas circunstancias, le expuso lo arriesgado que era entablar una lucha con una potencia naval de la importancia de Inglaterra, teniendo en cuenta el daño que esta podia causarnos, tanto en las provincias de Flandes, cuanto en los mares de la India, por lo que, lo principal de todo era terminar á todo trance lo de Flandes, empleando en ello todos los esfuerzos.

Otras dos personas mas importantes todavía que Idiaquez, y cuya opinion debiera haber sido de gran peso para otro monarca que no fuera Felipe II, estuvieron en contra de la idea de llevar inmediatamente la guerra á los dominios de Isabel.

El famoso D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, el experto y entendido marino que tantos triunfos adquiriera, y el duque de Parma, el veterano ya en las guerreras, dijeron que creian lo mas conveniente, antes de dirigirse sobre Inglaterra, tomar alguno de los puertos de Holanda ó Zelanda con objeto, tanto de mantener á raya aquellas provincias que podian proteger y auxiliar á los ingleses, cuanto, para en caso de necesidad, tener nuestras escuadras puertos de refugio en aquellos mares.

Pero todo esto le parecia á Felipe II extremadamente dilatorio, y el que durante algunos años habia estado meditando su venganza, lleno de impaciencia y obrando ligeramente cuando precisamente de mas calma necesitaba, tuvo en gran parte la culpa de los desastres que sobrevinieron.

Reunidos los buques y organizadas las fuerzas, destináronse unos veinte y ocho mil hombres para la empresa proyectada, con ciento treinta y tres navés grandes y una multitud de vajeles mas pequeños para pasaje y carga.

El marqués de Santa Cruz obtuvo el mando de la armada, así como el de Parma el del ejército, y unos y otros preparáronse, pues que no tenían otro remedio, á obedecer la voluntad del Rey ya que no habian podido hacer triunfar su cuerda opinion.

Todos estos grandes preparativos, aun cuando hechos bajo el aparente pretexto de que se destinaban á Flandes y á las posesiones de América, no era posible que dejasen de llamar la atencion de la reina de Inglaterra, que tenia mucho de sagaz y que no desconocia el carácter de Felipe II.

Así fue que, á pesar de continuar en las conferencias de Bourbourg, preparóse para resistir cualquier agresion, estableciendo para este efecto un consejo militar, fortificando los puertos, alistando todos los hombres útiles de diez y ocho á sesenta años, y nombrando vicealmirante de su escuadra á Drake, confiando los mejores de sus buques á piratas tan renombrados como Hawkins, Forbisher y otros.

Es verdad que ni su ejército, compuesto de gente bisoña y mal disciplinada, podia competir, á pesar de su superioridad numérica, con aquellos famosos tercios italianos y españoles tan probados ya en centenares de combates, ni el número de buques de los ingleses tenia comparacion con el de los que componian la formidable escuadra española, pero en cambio ni estaban tan obcecados como el rey D. Felipe, ni dieron muestras del poco tacto de que este las dió tan repetidas en todo lo concerniente á la campaña.

Próxima estaba á partir la *Armada invencible*, que tal denominacion se dió á la poderosa escuadra española, cuando la muerte del famoso marqués de Santa Cruz dejó un vacío tan importante en la expedicion, que no era difícil preveer fuese causa de algun desastre mayor.

Segun el jesuita Estrada, el desabrimiento con que el Rey acogió algunas observaciones del Marqués, produjéronle el disgusto que ocasionó su muerte.

Felipe II, sin tener en cuenta que todavía quedaban en España discretos é inteligentes marinos á quienes encomendar el mando de la escuadra, confiósele al duque de Medina Sidonia, que si bien era

valiente, rico y de elevada alcurnia, desconocia por completo la ciencia naval (1).

Desde su salida de Lisboa en junio de 1588, mostróse contraria la suerte á la armada española. A la vista del cabo de Finisterre, una furiosa tempestad la dispersó, pudiéndose acoger una parte de ella al puerto de la Coruña donde hubo de detenerse algunas semanas para reparar los daños recibidos.

El día 22 de julio tornó la escuadra española á desplegar sus velas, y penetrando resultantemente en el canal de la Mancha, con la noticia de su aparicion disolvióse presurosamente el congreso reunido en Bourbourg comprendiéndose que eran de todo punto inútiles las conferencias que se celebraban.

El duque de Parma recibió un aviso para que manifestase en qué punto debía reunirse con sus fuerzas á la escuadra, y cuando aquel, despues de vencer una porcion de dificultades opuestas por la armada flamenca que le obligaron á abrir nuevos canales para conducir á Dunkerque y Nieuport los buques construidos en Amberes, hubo embarcado parte de su ejército que constaba de 26,000 hombres, y él mismo se preparaba á marchar, la noticia de la destruccion de la *Armada Invencible* obligóle á detenerse.

En el puerto de Plymouth hallábase la escuadra inglesa cuando, á la altura del cabo Lezard, puesta en forma de media luna y abrazando una extension de siete millas, apareció el día 30 de julio la armada española.

Las altas y pesadas moles cubiertas de lino con su lento y majestuoso balanceo, y el considerable número á que ascendia, debieron impresionar extremadamente á los ingleses, cuya escuadra era mas reducida que la española, aun cuando tenia la ventaja de ser sus buques mas ligeros y sobre todo de hallarse infinitamente mejor regida que aquella.

Celebrado consejo de generales, Recalde y otros entendidos marinos fueron de opinion de que debía sin pérdida de momento atacarse á la escuadra en el mismo puerto, puesto que se hallaba anclada, tenia contrario el viento y podia con toda seguridad contarse con el triunfo.

Pero el duque de Medina Sidonia opúsose á esta opinion en virtud de las órdenes que habia recibido del Monarca, para que no rompiesen las hostilidades ni se emprendiese operacion alguna hasta haber desembarcado en las costas de Inglaterra el ejército del duque de Parma.

En virtud de esto, pasó de largo la armada española, y entonces el almirante inglés Howard dió orden de que sus buques saliesen á inquietarla, lo que consiguieron grandemente, pues la pesadez de las naves españolas dificultaba sus movimientos; consiguiendo así poner á la nave de Recalde en grave aprieto; incendiarse, merced á la traza de un tudesco, el navío de Oquendo, y caer en poder de Drake el galeon de Pedro Valdés, con otros nuevos descalabros y reveses que obligaron al Duque á arribar al puerto de Calais y enviar aviso al de Parma de su apurada situacion, pidiéndole víveres al mismo tiempo.

(1) La armada se componia de 130 velas, como ya dejamos expuesto, consistentes en galeones, naos, galeras, urcas, carabelas, pataches y pinazas, las cuales, segun un historiador, se hallaban distribuidas en diez divisiones ó escuadras, como las denomina, en la forma siguiente:

Era la primera la de Portugal, en la cual iba el almirante duque de Medina Sidonia, y la cual se componia de 10 galeras y 2 zabras.

La 2.^a estaba mandada por el general Diego Flores de Valdés, se denominaba de Castilla y llevaba 11 navíos y galeones y 2 pataches.

La 3.^a era la de Andalucía; mandábalala el general Pedro Valdés, y constaba de 10 galeones y navíos.

La 4.^a era la de Vizcaya; vicealmirante Recalde, con 10 galeones y 4 pataches.

La 5.^a era la de Guipúzcoa; su general Miguel de Oquendo: 10 galeones, 2 pataches y 2 pinazas.

La 6.^a la de Italia; general Martin de Bertendona; 10 naos ragocecas.

La 7.^a llevaba por general á Juan Gomez de Medina, y tenia 22 urcas de armada y bastimentos.

La 8.^a la mandaba D. Antonio Hurtado de Mendoza, y constaba de 22 pataches, carabelas y zabras.

La 9.^a iba á cargo del general D. Hugo de Moncada, con 4 galeras de Nápoles.

La 10.^a mandábalala el capitán D. Diego de Medrano, y llevaba 4 galeras.

Los tercios que iban en la armada eran los siguientes:

El de Sicilia, cuyo maestre de campo era D. Diego de Pimentel, con un sargento mayor y 25 capitanes.

El de la carrera de las Indias; maestre de campo Nicolás Isla, un sargento mayor y 23 capitanes.

El de Entre Duero y Miño; maestre de campo D. Francisco de Toledo, con un sargento mayor y 25 capitanes.

El de Andalucía, maestre de campo, D. Agustín Mejía; un sargento mayor y 24 capitanes.

El de Nápoles; maestre de campo, D. Alonso Luna; un sargento mayor y 25 capitanes.

Treinta y nueve compañías sueltas formadas en Castilla la Vieja.

Un tercio de infantería portuguesa mandado por Gaspar de Sousa, con un sargento mayor y 25 capitanes.

Otro tercio de portugueses, que dirige Antonio Pereira, con un sargento mayor y 4 capitanes y otros muchos caballeros y aventureros.

El total de las fuerzas que iban en tan poderosa como desgraciada expedicion era el siguiente:

Soldados	19,295.
Gente de mar	8,332.
Remeros	2,088.

Antonio Herrera, *Historia general del Mundo*.—P. III. lib. IV, cap. 2 y 4.



DESTRUCCION DE LA ARMADA INVENCIBLE.

Riera, Editor, Barcelona, Robada, 24 y 26.